PEREGRINOS EN MISION

EL ARCO Y LAS FLECHAS: COMUNIDAD Y MISION ITINERANTE

Fernando López

Itinerario familiar

Nací en Canarias (España), hijo de Lucas y Araceli y el mayor de cinco hermanos en una familia de clase media. Mi infancia y primera juventud están vinculadas al mar y a la parroquia de San Francisco con Don Juan al frente. Mantengo algunos recuerdos fuertes: oración diaria en familia; eucaristía frecuente; Manuel, amiguito que vivía con su familia en unas cuevas del barranco y mamá lo invitaban a comer, jugar y tomar baño en casa con nosotros... Le queríamos mucho. Después aprendí que Manuel significaba "Dios con nosotros". Cuando comencé como catequista (15 años) le propusimos al párroco dar catequesis en la barriada de pescadores pues los niños no venían a la iglesia de la matriz. Allí me encontré con el dolor humano, la pobreza injusta y la muerte temprana... En esa época nació la pregunta: ¿por qué este mundo es así mi Dios, tan desigual, unos con tanto y otros con tan poco? También en esos años descubrí con pasión la vida de Jesús... Guardaba la Biblia debajo de mi almohada y soñaba con sus enseñanzas. Bombardeaba a mis padres con cuestionamientos: ¿Por qué nosotros tenemos tanto y ellos tan poco? ¿Por qué Jesús nació pobre? Tenemos que vivir lo que la Biblia enseña, repartir y poner todo al servicio de los que no tienen... Los papás, con paciencia infinita, buscaban como responderme... La experiencia fundante del amor a nosotros y a los otros, los pequeños, fue sembrada en esta etapa.

Estudí física en Sevilla. En el colegio mayor fue fuerte ver muchos compañeros envueltos en el mundo de las drogas, alcohol y sexo. ¡Cuanto sufrimiento! Mi tabla de salvación fue un grupo universitario acompañado por Fernando García S.J. teníamos un día de encuentro semanal para compartir vida y eucaristía; y dos veces por semana un trabajo pastoral con niños gitanos y ancianos de un asilo.

La experiencia de cuatro años de noviazgo fue fundamental. Aquella mujer me ayudó a descubrir mi vocación misionera. Inicialmente, como laicos, queríamos ir a África. Después de un largo proceso de discernimiento me dijo: “Fernando, debes buscar tu camino y reza por mí para que encuentre el mío”. Queriéndonos mucho, por fidelidad a lo que descubrimos frente al Señor, decidimos separarnos... Y mi África fue Paraguay.

Itinerancia en la Compañía

Por medio de los jesuitas llegué al Paraguay (enero/1985) y un tiempo después entré en el noviciado. Eran los últimos años de la dictadura de Stroessner: pobreza, miedo, represión e injusticias formaban parte del cotidiano de la vida. De novicio, mi apostolado fue en una aldea campesina muy pobre y explotada por los patrones dueños de las tierras. ¡Aquella realidad me hacía hervir la sangre!

En el mes de EE.EE me sentí muy cuestionado contemplando a los Cristos pobres e injusticiados del país: ¿Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué voy a hacer por Cristo? ¿Cómo es posible que frente a esta realidad de injusticia y opresión no haya todos los días cristianos, padres, religiosos asesinados por luchar contra esta situación?

En el juniorado el rector no me dejaba participar de las movilizaciones por miedo a que me expulsaran del país por ser extranjero. Mientras mis compañeros participaban en las manifestaciones contra la dictadura, yo les acompañaba rezando en la capilla...

En filosofía la cosa cambió... Con otros estudiantes formamos un grupo de no-violencia activa (Grupo de Reflexión y Acción Mons. Oscar Romero – GRAMOR). Allí aprendí a rezar el Evangelio de la no-violencia, a colocar la otra mejilla, a ser manso como paloma y astuto como serpiente... De aquella experiencia nació el Servicio de Paz y Justicia – Paraguay.

También durante la filosofía viví inserto con los pobres del Bañado Norte de Asunción, zona inundable de la ciudad junto al río Paraguay. En el segundo año de filosofía abrimos otra casa de inserción en el Bañado Sur, en el basural de Asunción. Era una experiencia personal muy profunda la bajada a pie de la zona alta de la ciudad a la parte baja alagadiza... Sentía profunda emoción, consuelo espiritual y agradecimiento a Dios por poder salir de la universidad y bajar al bañado para vivir junto a los pequeños: “Bajar (y no subir) al encuentro de Dios”. También tuvimos la suerte de

agarrar una buena creciente del río que nos llevó a vivir cinco meses en un campamento de chabolas plásticas con las demás familias. Que gozo y confirmación en la misión sentía con las palabras de Arrupe: “Que nuestra formación e instituciones respondan a los grandes desafíos del mundo, pero que nuestro estilo de vida haga creíble el Evangelio que predicamos”. Palabras que resonaban en mi de forma más simple: “Enseñando en la universidad, escribiendo artículos, investigando en los centros sociales... pero siempre con los pies en el barro, junto a los pequeños”. ¡Si no es así, me seco! Los profesores que marcaron más mi vida fueron aquellos que desarrollaban sus ideas desde un compromiso e inserción junto a los pobres... Mis mejores trabajos de filosofía nacieron de las heridas de aquella historia donde había tenido la suerte de adentrarme.

En magisterio propusieron inicialmente el colegio de Cristo Rey... Representé al provincial lo que venía rezando y discerniendo con mi espiritual: necesitaba una experiencia de inserción entre los campesinos para aprender guaraní y conocer su mundo cultural. El provincial aceptó. Un año viví en aldea con una familia de 16 hijos. Dormíamos todos en un cuarto en catres de piel de vaca, conmigo dormían los dos hermanitos más pequeños. Las primeras noches no conseguía dormir de incomodidad e indignación: incomodidad por los dos niños que se pegaban a mi cuerpo para recoger el calor; lagrimas de indignación por sentir tanta injusticia, ¿por qué mi Dios este mundo es tan desigual? – me preguntaba aquellas noches. Con los campesinos aprendí mucho: a trabajar la tierra, plantar y cosechar algodón, arroz, frijoles, maíz; a masticar “pety” (tabaco) que la primera vez me emborracho haciéndome vomitar frente a las risas de todos.

Teología estudié en Brasil (ISI). Un tiempo fuerte donde experimenté la crisis más profunda de mi vida. La causa (aparte de mis limitaciones y contradicciones personales) creo que fue la distancia que sentía entre la reflexión teológica desafiante de la facultad y la propuesta comunitaria en la que vivíamos. Gracias a Dios, a cuatro profesores jesuitas que me ayudaron y, sobre todo, a los niños de la calle, conseguí sobrevivir. En el tercer año de teología, hice mi triduo de renovación debajo de uno de los puentes con un grupo de niños de la calle con los que tenía mucha amistad. Les pedí que rezaran mucho por mí en esos días. Para comer, ellos salían a robar (como de costumbre) y yo compraba un poco de pan para contribuir. Al verme triste, se llamaban unos a otros y hacían un círculo alrededor mío y rezaban el Padre Nuestro. Sin visiones místicas, con claridad sentí en aquellos rostros que Dios me decía: “Quiero que tu me sirvas en estos pequeños.

Ahora no entiendes lo que estás viviendo, pero es importante que lo aceptes y continúes hasta el fin tu teología”. Los pequeños me salvaron. Gracias a aquellos “rostros y voces de Dios” llegué, un poco roto, al final de teología.

Al terminar teología, para rehacerme de la crisis el provincial me permitió hacer una peregrinación de 4 meses por el sur de la amazonía brasileña, Bolivia y volver a Paraguay atravesando el Chaco. De mochila, salí de teología sintiendo la fuerte necesidad de encontrar a Dios nuevamente en el pueblo sencillo. Estuve con Don Pedro Casaldáliga, con las Hermanas de Foucault (indios Tapirapé), con los compañeros jesuitas de Mato Grosso (indios Rikbatksa). Muchas veces dormía donde encontraba lugar. Algunas veces quedé en las puertas de las iglesias y las personas que entraban me echaban unas monedas... Cuanto bien me hizo aquella experiencia, cuanto aprendí. Subiendo a la Paz (Bolivia), sobre un camión de madera, casi me congelé. Muchas familias viajaban conmigo, solo que ellas llevaban abrigo y yo solo tenía la ropa ligera de la selva. Escapé gracias a la lona del camión y al tubo de escape que salía por lo alto. Fue muy rico poder compartir con los compañeros jesuitas la marcha de los cocaleros y en Qorpa, junto al lago Titicaca, con el P. Pepe H. quien me animaba a contemplar toda aquella realidad desde el “altiplano interior”.

Durante toda aquella peregrinación muchas veces me venia la visión de la Storta: “Yo quiero que tu me sirvas en ellos”. Una fuerte invitación a estar donde están los crucificados de la tierra.

De vuelta a Paraguay fui destinado a la comunidad inserta de San Cayetano, en el basural de Asunción. El trabajo y la experiencia de aquellos años fue muy profunda. Los gancharos traían en casa para rezar a los bebés muertos que encontraban en las bolsas de basura. Los lavaban, los vestían y les hacían un cajoncito, los “bautizaban”, los velaban toda la noche y los enterraban en sus patios junto a las flores, como era costumbre enterrar a los “angelitos” en Paraguay. ¡Quanta humanidad en aquellos trabajadores de la basura!

En mi proceso vocacional nunca fue claro ser sacerdote. Desde el noviciado hasta después de teología, ser hermano era lo que se confirmaba en mis EE.EE. Trabajando en el basural, los gancharos comenzaron a cuestionarme por que no me “recibía de padre” para celebrar la eucaristía allí y con ellos. Así fueron pasando los años y el trabajo en la parroquia “Cristo Solidario” iba poco a poco estructurándose. Un buen día fui a hacer EE.EE con el que fue mi maestro de novicios, el P. Tomas, como tema de discernimiento llevaba el ofrecirme para la nueva región del Amazonas

(Brasil). El Espíritu fue por otros rumbos: me sentí derribado del caballo y solo escuchaba intensamente dentro de mí “Yo quiero que tu te ordenes”. Con muchas lagrimas y sin dudar ni poder dudar de lo que sentía fuerte en mí, fui a contárselo a Tomas... De gozo, los dos llorábamos agradeciendo al Señor. Escribí una carta al provincial contándole lo que había sucedido y diciéndole que, si él y la consulta lo veían oportuno, sentía que el Señor me invitaba a ser sacerdote. Cuando el provincial me preguntó donde sería la ordenación, le dije que se lo iba a preguntar a los gancheros pues ellos habían sido (una vez más) los profetas de Dios en mi vida. Las comunidades del basural propusieron que la ordenación fuese en el lugar donde yo había descubierto la llamada de Dios: en el basural (29/Septiembre/1997). La mayoría de los compañeros jesuitas de la provincia estuvieron presentes. Aquel día el basural se convirtió en una gran Catedral... Algunas instancias eclesiales oficiales reaccionaron diciendo que el lugar no era digno...

Después de discernir y ofrecerme durante cuatro años, por fin fui destinado al “Distrito dos Jesuitas da Amazônia” (DIA) en octubre/1998. Llegó el momento de colocarse nuevamente la mochila y retomar el camino-río en una nueva peregrinación de dos meses rumbo a Manaus (sede del DIA). Atravesé el Chaco Paraguayo y Boliviano, subí por las Reducciones de Chiquitos (fundadas en el s. XVII por el P. José de Arce Rojas S.J., misionero canario de la misma isla donde nació), visité Trinidad y Moxos... Que emoción más fuerte sentir en aquellos pueblos el espíritu de los primeros compañeros. Si ellos pudieron con la ayuda de Dios y en condiciones muchos más precarias que las de hoy... ¿por qué nosotros no? (fidelidad creativa). Atravesando aquellas selvas fue una gracia sentir que Dios continuaba siendo propicio hoy con nosotros, conmigo. Frente a la dura realidad de los excluidos que encontraba por los caminos surgía la pregunta: ¿Cómo vivir y construir condiciones de vida digna junto con los pequeños, donde las heridas de la historia están más abiertas y la vida más amenazada? (magis).

Por fin, después de seis días de barco por el río Madeira desde Porto Velho, llegué a Manaus en la fiesta de San Francisco de Asís (04/10/1998). Durante los dos meses de peregrinación no dejó de resonar en mí la experiencia fundamental del Peregrino: “Yo te seré propicio en la Amazonía”. Esa experiencia del Ignacio peregrino se repite varios momentos de mi vida... Siempre llega la hora de “cerrar los ojos y saltar”, de dejar las seguridades, de salir de los espacios conocidos y controlados, de dejarse conducir y “enterrar la semilla” en tierra nueva junto a los pobres, excluidos

y diferentes, con la única certeza y fe de que el Señor no la dejará podrir y si germinar de nuevo.

Me siento un privilegiado en la Compañía porque de los 20 años de jesuita, 14 he tenido la dicha de vivir con los pobres en comunidades insertas. Las palabras de Arrupe cuestionan: “Todos por los pobres, muchos con los pobres y algunos como los pobres”. ¿Por qué lo que debería ser común para “muchos - algunos” jesuitas se convirtió en experiencia extraordinaria de unos pocos privilegiados? ¡Y parece que cada vez son menos! Es cierto que constantemente surgen “tentaciones” (así yo las vivo) de subir, de asumir cargos institucionales para mantener instituciones, aunque ellas nos puedan llevar lejos de la óptica de “todos por” los pobres... ¿Cómo discernir y decidir las presencias institucionales que nos ayuden a estar “todos por, muchos con y algunos como” los pobres? ¿Y cómo tejer la red personal e interinstitucional (ad intra y ad extra de la SJ, en sus distintos niveles) entre los que están “por, con y como” los pobres para provocar sinergia transformadora?

Misión Itinerante en el Amazonas (DIA)

La misión en el DIA es la más desafiante e innovadora que he vivido en la Compañía hasta hoy. El DIA nació en mayo/1995 a partir de la provincia de Bahía. El P. Claudio Perani S.J. fue el primer superior.

La superficie total del DIA es de 3.100.000 Km² (¡6 veces España!). Una inmensa región en el corazón de la amazonía con 8,5 millones de habitantes pertenecientes a una diversidad muy grande de pueblos indígenas (más de 100), inmigrantes de distintos estados y “caboclos” (mestizos).

*“Yo te seré
propicio en la
Amazonía”*

Frente a esta realidad desafiante, nació el “Proyecto de Itinerancia” en el primer encuentro del DIA (junio/1996). El fundamento del proyecto está en Jesús, en su modo itinerante (“*de aldea en aldea*”) de vivir y anunciar el Reino y su Justicia. También nos inspiró la vida de algunos de los primeros jesuitas, que discurrían por el mundo como “caballería ligera” y “peregrinos”, al servicio de la Iglesia y de la Vida Abundante. En particular, fue muy importante conocer la gran movilidad de los primeros compañeros que llegaron a esta región amazónica en el siglo XVII. Incansables, recorrían en

pequeñas embarcaciones, a vela y remo, las aldeas indígenas a lo largo de la inmensa red fluvial amazónica. Subían y bajaban el Amazonas, desde el Atlántico hasta los Andes. Si hoy, con todos los medios disponibles, es difícil llegar a muchas regiones, ¿qué no sería en aquella época! En mis itinerancias, siempre recuerdo aquellos primeros compañeros itinerantes incansables y a ellos me encomiendo.

El documento de los obispos amazónicos “La Iglesia se hace carne y planta su tienda en la Amazonía” (1997) también nos inspiró mucho: estructuras leves que permitan movilidad en la misión. Como nos decía un amigo teólogo, P. Paulo Sues: *“La Iglesia nació como la Iglesia de los caminos, que aquí, en la Amazonía, debe ser la Iglesia de los ríos”*.

Mucho ayudó a concretar el proyecto las demandas de acompañamiento y formación a las comunidades más distantes que varios obispos e instituciones presentaron. Así surgió la pregunta, ¿por qué no colocarnos al servicio de las comunidades, organizaciones e instituciones de la región, con una estructura leve y móvil? Nació la intuición fundamental: “apoyar las iniciativas de los otros”, “colocarnos al servicio de los otros” para complementar su labor.

Al inicio fue fundamental el impulso, coraje y libertad de espíritu del P. Claudio Perani. Teniendo apenas 20 jesuitas en el DIA, liberó tres para el Equipo Itinerante diciéndonos: *“Dedíquense a andar por la amazonía. Visiten las comunidades, las iglesias locales, las organizaciones. Observen todo cuidadosamente y escuchen atentamente lo que el pueblo dice: sus demandas y esperanzas, sus problemas y soluciones, sus utopías y sueños. Participen de la vida cotidiana del pueblo. Observen y registren todo. Anoten lo que el pueblo dice, sus propias palabras. No se preocupen con los resultados. El Espíritu irá mostrando el camino”*. Y abriendo el mapa de la amazonía correspondiente al DIA, con una gran sonrisa, Claudio concluyó: *“¡Comiencen por donde puedan!”*

Inicialmente para mí fue muy difícil el proyecto. Llegué de Paraguay ofreciéndome para los pueblos indígenas. En una carta me presentaban la posibilidad de abrir una comunidad en el Alto Solimões (la triple frontera amazónica Perú-Colombia-Brasil). En mi cabeza, en mi corazón y en mi experiencia estaba la idea de una comunidad “fija y normal”, inserta entre los indígenas. Cuando llegué el P. Claudio me dijo que no tenía gente para abrir aquella comunidad y que si quería podía entrar en uno de los equipos del Consejo Indigenista Misionero (CIMI, órgano de la CNBB) o formar parte del recientemente creado Equipo Itinerante. Aquella propuesta me asustó:

¿Equipo Itinerante para trabajar con varios pueblos indígenas? Si ya me había costado mucho aprender guaraní en Paraguay estando en ambiente guaraní, ¿cómo será eso de itinerar por distintos pueblos y culturas? Le pedí a Claudio que me diera un mes para consultar, rezar y discernir la propuesta. Durante aquel mes, la primera cosa que hacía cada mañana era rezar frente al mapa de la amazonía. Inicialmente no conseguía ni abrirlo, me daba un miedo terrible y se me encogían las entrañas al contemplar aquella inmensa región siete veces mayor que Paraguay. Ríos y más ríos, selva y más selva, no conozco a nadie, ¿por dónde comenzar? Y me resonaban una y otra vez las palabras del P. Claudio: “comiencen por donde puedan”.

Poco a poco fui abriendo el mapa y acogiéndolo en mi interior superando el temor. Dentro de mí sentía cada día más fuerte la invitación del Señor a abrazar el proyecto, a entrar en aquellas selvas y sumergirme en sus ríos, a enterrar la semilla en aquella realidad sin querer entender ni tener certeza y claridad de todo. Resonaba en mí: “Hay que enterrarse como la semilla para poder germinar”, “Yo te seré propicio”. Después de consultar y confrontar la propuesta con algunas personas e instituciones (muchos no la veían clara), y rezarla bastante, decidí entrar en el Equipo Itinerante porque “algo me decía en el fondo del corazón que era de Dios”.

El primer Equipo Itinerante lo forman dos padres jesuitas Albano y Paulo Sérgio (enero/1998). Trabajan visitando las áreas de invasión (“favelas”) de las periferias de Manaus y con las comunidades ribereñas de las márgenes de los ríos. En octubre del mismo año entra la Hna. Arizete CSA y yo para trabajar junto a los pueblos indígenas en articulación con el CIMI.

Durante los dos primeros años del proyecto (1998-1999), cada uno de los miembros vivía en su comunidad y se encontraban para itinerar, programar y evaluar en equipo. Esto traía ciertas dificultades con las comunidades a las que pertenecíamos pues los ritmos y trabajos eran muy diferentes.

Al final de 1999 e inicio de 2000, llegaron nuevas fuerzas: P. Paco S.J., Hna. Odila FSCJ, Tadeu y Claudia (laicos). Cada uno enviado por una institución diferente. Juntos discernimos y decidimos crear la “Tienda de la Comunidad Itinerante Trinidad”, con el objetivo de apoyar la misión itinerante y como un espacio donde compartir nuestra fe, vida y misión itinerante. Procuramos casa por los barrios pobres de palafitos de Manaus y encontramos tres palafitos juntos: uno para los hombres, otro para las mujeres y el tercero para los servicios comunes de cocina y capilla. El barrio era una

“boca de fumo” (área de venta de drogas) y nuestros vecinos eran personas luchadoras, pobres y venidas del interior. Nos acogieron como familia y nos ayudaron a aprender a vivir allí. Vivir en la comunidad era una opción libre dentro del Proyecto de Itinerancia. Asociado a la comunidad inserta tenemos una pequeña oficina de apoyo para el trabajo.

Un paso importante dado en 2002 fue cuando las cuatro instituciones participantes del proyecto lo asumieron inter-institucionalmente constituyendo “un espacio interinstitucional de servicios”. Fue una gracia el hecho de los jesuitas “desapropiarnos” y “desapoderarnos” del proyecto, que nació con nosotros en la lógica tradicional de los otros colaborar con nuestra institución, con nuestro proyecto, con nuestra idea... Los miembros no jesuitas, en particular las mujeres, nos cuestionaron y ayudaron a salir de la lógica de poder (“desapoderarnos”), para junto con los otros, todos tener más fuerza. Las religiosas del equipo nos decían: “Tomen conciencia que el proyecto ya no es solo de ustedes, también es nuestro proyecto, de nuestra institución”. Esto fue posible por ser los jesuitas realmente “Mínima Compañía” en esta región, sin recursos humanos y sin recursos económicos. La “minoridad” nos abrió humildemente a la gracia de Dios, a su acción que “hace nueva todas las cosas”. Nadie posee, nadie es dueño, todos sostienen, a todos les pertenece y da identidad, todos son corresponsables... Reconozco que como jesuita nunca antes había vivenciado una experiencia así de “Mínima Compañía”.

A lo largo de los cuatro encuentros interinstitucionales que hemos realizado a lo largo de estos ocho años el grupo de instituciones participantes ha ido creciendo de cuatro a quince. En los inicios, nadie pensó que esta pequeña experiencia pudiera despertar tanto interés... Esto nos ha asustado un poco y nos cuestiona: ¿Qué es lo que tiene esta propuesta que la hace tan atractiva?

En el equipo es una gran experiencia de aprendizaje el hecho de compartir distintas espiritualidades, recursos humanos y económicos... Es todo un desafío, para el que no fuimos formados, la vida y el trabajo interinstitucional. Normalmente uno siente la tentación de hacer al otro a nuestra imagen y semejanza, querer que el otro sea como nosotros y así deje de ser y contribuir desde su riqueza y diferencia. La Trinidad ha sido una fuente de inspiración en esta línea: vivir la unidad en la diversidad.

A lo largo del camino definimos el objetivo general del proyecto: “Escuchar, despertar, incentivar y apoyar personas, proyectos e iniciativas en el mundo Ribereño, Indígena y Marginados Urbanos, a través de la

itinerancia y de la articulación con personas y entidades afines, para que los pobres, excluidos y culturalmente diferentes, se vuelvan sujetos de su liberación e historia y, se reconozcan como personas, hijas preferidas de Dios, a fin de evangelizar, humanizando los ambientes más agresivos, injustos y opresores, donde la vida humana está siendo amenazada, las culturas desrespetadas y los derechos humanos ignorados”.

Los objetivos específicos: 1) Conocer la vida concreta de las personas, aprender de ellas la manera de servir las mejor. 2) Contribuir con asesorías específicas. 3) Ayudar en la formación de las comunidades y de los agentes multiplicadores de las iglesias, pastorales sociales, movimientos populares, organizaciones sociales e indígenas. 4) Facilitar el intercambio entre las diversas y ricas experiencias existentes, procurando tejer redes de solidaridad y mutua ayuda entre ellas. 5) Estudiar y sistematizar las experiencias vividas para devolverlas a las personas, comunidades, instituciones con las que trabajamos.

Poco a poco definimos también algunos principios metodológicos: “Ir al lado del pueblo, ni detrás, ni delante; al ritmo de la canoa, siendo la praxis y la teoría los dos remos necesarios para avanzar; a partir de las lógicas y de los proyectos de vida de los indígenas, marginados urbanos y ribereños; “desempoderarnos”, disminuir para que ellos crezcan; reciprocidad e interdependencia; escucha y diálogo; inserción e inculturación; registrar, sistematizar y devolver la experiencia; cruzar experiencias y tejer redes...”

Otra cosa importante fue comenzar el proyecto “contemplando” la realidad amazónica y discerniendo los “rostros concretos” desde donde sentíamos el apelo de Dios para “complicar” con ellos nuestra vida. Respondimos primero a la pregunta por los sujetos: ¿Con quién vamos a estar? (y no ¿qué vamos a hacer?). Para ello nos inspiró la “Contemplación de la Encarnación” y la consideración ignaciana de “tiempos, lugares y personas”. Nos preguntamos: ¿Quiénes son los más marginados y excluidos en la Amazonía hoy? Emergieron los rostros de los marginados urbanos, ribereños e indígenas. En la amazonía hay profundas interrelaciones entre estos tres sujetos históricos. Por eso el Equipo Itinerante está constituido de tres sub-equipos, uno por cada sujeto histórico. Juntos intentamos estudiar, comprender y profundizar esas tres realidades para responder mejor a ellas. Fue una experiencia nueva para mí estar como jesuita en una región donde no había obras pesadas que nos amarraran y condicionaran nuestros discernimientos y elecciones. Todo estaba por construir y por eso podíamos arriesgarnos a “perder el tiempo” buscando nuevas respuestas frente a los

nuevos desafíos. Mucho resonaban las palabras de Arrupe: “No me preocupa que los Jesuitas se equivoquen, me preocupa que intenten dar respuestas de ayer a los problemas de hoy”.

Entre las itinerancias, y de modo sistemático tres veces al año, todos los miembros del proyecto nos encontramos unos 10 días para descansar, evaluar, estudiar, programar, rezar y compartir nuestra misión y nuestra vida comunitaria. También cada dos años hacemos retiro todos juntos y en el año intermedio cada miembro lo hace con su institución.

Viviendo con la mochila en la espalda ocho meses al año, también sentimos la necesidad de explicitar algunos rasgos de la “espiritualidad itinerante” que íbamos viviendo y nos daba soporte: *“Itinerar, interna y geográficamente, dejándonos conducir por la brisa del Espíritu de Dios, discerniendo su Voluntad, en el cotidiano de la vida de los pobres, diferentes y excluidos”*. Una espiritualidad que sigue el movimiento de la Encarnación-Muerte-Resurrección y que supone un constante *“salir de sí para bajar al encuentro y al servicio de los otros, movilidad y levaza, complementariedad*

*al ritmo de la
canoa, siendo la
praxis y la teoría los
dos remos necesarios
para avanzar*

y corresponsabilidad, inculturación, diálogo intercultural e interreligioso, amistad, solidaridad y fraternidad, buen humor para reírse de las limitaciones propias y de los otros”. Intentamos *vivir una “espiritualidad de fronteras” que parte del “estar con”*. *Estar con los otros, predilectos del Padre, donde está realmente presente el Otro: “Estar con quien nadie quiere estar, estar donde nadie quiere estar y estar como nadie quiere estar”* (P. Pepe H. sj). Algunas imágenes y parábolas nos han ayudado a entender la intuición del Equipo Itinerante: El

equipo se auto-comprende como un espacio interinstitucional de servicios; siendo más un pequeño catalizador dentro del complejo sistema social; el equipo es más hilo que nudo en la red; más un grupo de abejas polinizando el bosque que árboles fructíferas; más hilo y aguja para tejer que paño tejido; más semilla que planta; más caballería ligera que artillería pesada o francotiradores; más fermento que masa; más sal que comida...

El Proyecto Itinerante está abierto a laicas y laicos, religiosas y religiosos de distintas congregaciones, presbíteros y otras personas que quieran sumar fuerzas con los marginados urbanos, ribereños e indígenas

de esta inmensa amazonía. Las personas participan del proyecto enviadas por una institución que además contribuye con la sustentación del mismo.

Actualmente el equipo está constituido por 14 compañeros/as (laicos/as y religiosos/as) de ocho instituciones (Conegas de San Agustín, Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, Siervas de la Santísima Trinidad, Comisión Pastoral de la Tierra, Consejo Indigenista Misionero, Voluntariado SJ Alemán, Maristas y Jesuitas). Y hay varias instituciones que quieren sumarse a la propuesta (de forma inmediata los Misioneros de la Consolata y un padre diocesano del Perú). El equipo está distribuido en dos núcleos: "Trinidad" con base en Manaus (Brasil) y siete miembros; "Tres Fronteras" con base la triple frontera Tabatinga (Brasil), Leticia (Colombia) y Santa Rosa (Perú) y siete miembros. También hay algunos miembros que colaboran a tiempo parcial.

Como perspectiva del proyecto, pensamos ir regionalizando pequeñas "células itinerantes" en las fronteras de los países amazónicas por ser estas lugares estratégicos donde las heridas están más abiertas y se abren nuevas y creativas posibilidades de servicio. En concreto, además de los núcleos Manaus y en de la triple frontera Brasil-Colombia-Perú, en el Alto río Solimões (o Amazonas), estamos también colaborando en la triple frontera Venezuela-Guyana-Brasil y comenzando a visitar la triple frontera Bolivia-Perú-Brasil para ver posibilidades de abrir otro núcleo del equipo en un futuro próximo dependiendo de las nuevas instituciones interesadas en la región. Y siempre en la perspectiva de servir y apoyar las iglesias, organizaciones y comunidades urbanas, ribereñas e indígenas de la región, intercambiando experiencias, creando redes de solidaridad y "tejiendo las fronteras".

Como dice el trovador popular de estos ríos: "Sueño que se sueña sólo no llega a nada, pero sueño que se sueña juntos se convierte en realidad". Y parafraseando al poeta: "Peregrino, no hay camino, se hace camino al peregrinar". ¡Vengan, vamos a peregrinar y remar con los pueblos de la amazonía!